

IV Domingo Adviento

Isaías 7, 10-14; Romanos 1, 1-7; Mateo 1, 18-24

«La Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, Dios-con-nosotros »

19 Diciembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

**“JOSÉ, HIJO DE DAVID, NO TENGAS MIEDO DE TOMAR A MARÍA POR ESPOSA,
PORQUE EL HIJO QUE ESPERA ES OBRA DEL ESPÍRITU SANTO”**

El otro día llegó a mi poder una frase que contiene sabiduría para la vida. Se trata de una frase de Hermann Hesse: "Lo blando es más fuerte que lo duro; el agua es más fuerte que la roca, el amor es más fuerte que la violencia". Si pensamos en las fiestas que estamos a punto de celebrar, entendemos que así es el misterio de cada Navidad, una gran paradoja. Con frecuencia creemos que lo más fuerte debería ser lo que es duro y por eso nos escondemos detrás de muros sólidos, pretendiendo que nuestra fortaleza resista las dificultades de la vida. Sin embargo, LO BLANDO RESISTE MÁS LAS DIFICULTADES DEL CAMINO, ¡qué paradoja! Despreciamos lo que es blando y por eso nos cuesta aceptar que no sabemos hacer algo, o que no podemos llegar a todo. Nos cuesta reconocer que somos más débiles de lo que pensábamos y nos cuesta mucho más pedir ayuda. Ser blandos es sinónimo de fracaso y nos han enseñado a no fracasar y a luchar siempre por la victoria. Hace poco un niño le decía a su padre: "Papá, ¿por qué Jesús no mandó sus ángeles contra los romanos?" El corazón de un niño no acepta esas derrotas sin lucha, sin pelea, sin dar la cara. ¿Es cobardía el silencio de Jesús ante Pilato? ¿Refleja su debilidad? Cada Navidad preparamos con cariño el Belén, construimos un establo con dedicación, dibujamos un paisaje conmovedor. Sin embargo, tenemos que reconocer lo blando que es ese nacimiento. No hay fortalezas para proteger al rey, ni ejércitos que defiendan su debilidad al nacer. Todo se pone en las manos de dos personas débiles, llevadas por una mula, incapaces de defenderse ni defender al que se les ha encomendado; sólo pueden huir. Sabemos que el agua, con el tiempo,gota a gota, puede horadar la piedra. Sabemos que el agua en la grieta, siendo blanda, cuando se congela, rompe la incombustible fortaleza de la roca. Pero nos sigue desconcertando la elección de Dios. Prefiere el agua a la roca, prefiere un establo a un castillo poderoso, prefiere el silencio del olvido a la fama y la gloria humana, prefiere la debilidad de Pedro y no se sostiene sobre su fortaleza. **Elige nuestra debilidad, desprecia nuestra soberbia. Es la paradoja de Dios.**

Lo hemos oido muchas veces: EL AMOR VENCE SOBRE LA MUERTE Y EL ODIO. El amor es más fuerte que la violencia, que parece destruirlo todo con su fuerza. El amor, sin embargo, permanece, mientras que la violencia deja sólo vacío a su paso. El amor engendra vida y esperanza, el odio con su fuerza devasta y destruye la vida. La fiesta del Belén no admite violencia, ni odio, ni gritos. Belén es lugar de paz y silencio, aunque nos cueste hoy reconciliar la imagen actual de esta ciudad amurallada y tan falta de paz, con la imagen que desvelan los Belenes de estas fiestas navideñas. Los muros, la policía, las armas, la represión, son el mensaje opuesto al de un niño que nace en un Belén. Jesús mismo encontró violencia cuando abrió sus ojos en la tierra y tuvo que huir. La violencia que no deseamos anida con frecuencia en nuestro propio corazón, en ese Belén que levantamos con cariño en estas fiestas. Es duro pensar que muchas veces las fiestas

familiares no son un remanso de paz, no están llenas de armonía y alegría. Da pena constatar que nos preparamos para este día tan importante con el corazón encogido y duro, hecho de piedra e incapaz de amar. Parece como si el amor no fuera capaz de vencer el odio. Un niño de cuatro años le comentaba a su madre hace poco: “*Pero, si Jesúis ya ha nacido, ¿para qué tiene que volver a nacer?*” Cuando miramos nuestra vida lo entendemos, es necesario que Cristo vuelva a nacer. Es necesario que su presencia transforme nuestros corazones de piedra, duros y poco resistentes. Es necesario que vuelva a recordarnos que estamos hechos para la vida, para algo más grande. Es necesario que venga con esa fuerza silenciosa y profunda, con ese amor que nos libera del miedo y nos cambia. Si vuelve a nacer tenemos la esperanza de que esta vez nos transforme y se quede con nosotros; si vuelve a nacer es posible que **se haga carne en nuestra carne y siembre en lo más profundo de nuestro ser el deseo de ser santos**.

A todos nos gusta que piensen que somos cultos e inteligentes. Sin embargo, a todos nos gustaría todavía más SER RECONOCIDOS COMO SABIOS. La edad y la experiencia de los años ayudan a ser más sabios, pero no garantizan la verdadera sabiduría. La sabiduría no nos viene sólo gracias a nuestra inteligencia, cultura, capacidades y talentos; es algo más, es algo más grande: “*La sabiduría no consiste sólo en saber. Es mucho más que eso: consiste en saber utilizar el saber. Es el arte de la vida y la vida es más compleja que una constelación de conocimientos*”¹. Hoy en día sabemos muchas cosas pero el arte de unir la teoría y la práctica, la idea y la vida, parece que se ha perdido. Un día me decía una persona: “*Estoy a medio hacer, todavía no controlo mis emociones, son las que mandan y deciden lo que hago*”. Existe una inteligencia emocional de la que se habla mucho pero que es difícil de encontrar. Saber vivir es todo un arte que se aprende con los años, pero no todos lo aprenden. Saber encauzar las emociones, saber gobernar la propia vida, es una tarea complicada y en la que siempre tenemos que seguir creciendo. Las emociones parecen decidir nuestros estados de ánimo y toman por nosotros las decisiones. Nos condicionan cada día y deciden por nosotros sin tomar en cuenta lo que de verdad pensamos. Nos llevan a descuidar las relaciones o nos impiden ser fieles en los propósitos tomados. **El hombre sabio sabe poner orden en su corazón y sabe que Dios y María son los únicos que pueden darnos la armonía de la que carecemos.**

Pero además de la inteligencia emocional es necesario crecer EN LA LLAMADA INTELIGENCIA ESPIRITUAL PARA SER SABIOS. Si el hombre niega a Dios tapa o ciega esta necesidad de todo ser humano. Se oscurece, pierde la vida que viene del Espíritu y se limita a sobrevivir por este mundo, sin soñar con grandes expectativas que superen sus capacidades naturales. Pierde la trascendencia y vive atado a la tierra sin pensar más allá. Para el pueblo judío, sin embargo, un hombre sabio era un hombre de Dios, un hombre lleno del Espíritu de Dios. Era aquel que actuaba en sintonía con Dios. Un sabio estaba capacitado para decidir en cada momento lo que había que hacer, porque sabía lo que Dios deseaba. La experiencia es un grado, los años son enseñanza, pero sin Dios esa sabiduría se empobrece y se pierde. Por el contrario, el hombre sabio se abre a la trascendencia, se pregunta por el porqué último de las cosas y se cuestiona para qué está en este mundo, cuál es su misión de vida. Decía **Viktor Frankl**: “*Lo espiritual nunca se diluye en una situación; siempre es capaz de distanciarse, de tomar postura frente a la situación*”². Cuando cuidamos nuestra inteligencia espiritual, cuando aprendemos a vivir en Dios, somos capaces de tomar distancia de nuestros problemas, de las circunstancias del momento. Adquirimos la capacidad para mirar nuestra vida con libertad. El protagonista de este domingo es un hombre sabio: S. José. **Es el hombre que sabe unir su vida con la de Dios, las entrelaza para que no se pierda nada de lo que Dios le ha confiado.**

¹ Francesc Torralba, “Inteligencia espiritual”, 149

² Ibídem, 55

S. JOSÉ ES UN HOMBRE SABIO QUE SABE DECIDIR Y ACTUAR EN DIOS. Es un hombre de Dios, un hombre que escucha a Dios en sueños. Contrastá con la actitud de Acaz que no cree en las señales y no las pide: «*En aquellos días, el Señor habló a Acaz: «Pide una señal al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo.» Respondió Acaz: «No la pido, no quiero tentar al Señor.»* Entonces dijo Dios: «*Escucha, casa de David: ¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal: Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros".*» Isaías 7, 10-14. Sin embargo, José sabe escuchar el lenguaje de Dios, el susurro de los ángeles: «*Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no tengas miedo de tomar a María por esposa, porque el hijo que espera es obra del Espíritu Santo».*» José vence el miedo al escuchar a Dios en sueños. Dice **S. Juan Crisóstomo:** «*Al decirle "no temas", indica que José ya entonces temía ofender a Dios, como quien tiene en su compañía una adúlera, pues de otra manera no hubiera pensado dejarla.*» El temor de José es tan humano que nos commueve y nos emociona ver cómo reacciona ante sus miedos. José era justo y por eso pretendía repudiarla en secreto. Pero Dios arranca sus miedos del corazón y le hace mirar con esperanza. José no acaba de entender todas las palabras del ángel, no entenderá cómo será esa salvación y cómo ese niño nos puede librar del pecado, pero confía. No duda como hizo Zacarías ante el anuncio del nacimiento de un hijo de su mujer, que era estéril. **No pide explicaciones ni señales que pudieran tranquilizarle al obedecer al ángel. Simplemente calla y actúa.**

S. JOSÉ CREE EN SUEÑOS. Los sueños eran el camino por el que Dios revelaba muchas veces su voluntad. Samuel aprendió a escuchar la voz de Dios en sueños, aunque al principio no la reconocía (1^a Samuel 3,4). S. Pablo escuchaba a Dios en sueños (Hch. 16,9) y entendía los pasos que tenía que dar. Y así muchos otros santos a lo largo de la historia de la Iglesia. **¿Los sueños siguen siendo hoy el lugar en el que Dios puede revelarnos sus deseos más íntimos?** No es fácil interpretar nuestros sueños y pretender sacar de ellos la voluntad de Dios para nuestra vida. Es cierto que puede ayudarnos en ciertos momentos hablar de ellos con alguien más sabio que nosotros, para buscar así una interpretación posible. En los sueños sí que puede Dios mostrarnos lo que tenemos que cuidar y mejorar. Son una llamada de atención porque Dios tiene que llenar nuestro subconsciente. Ha estado de moda una película, «*El origen*», en la que se habla mucho de los sueños. Me sorprendía una escena en la que muchas personas iban a un lugar a compartir durante varias horas sueños en común. Parecía que la vida real para ellos era la de los sueños, mientras que su vida normal parecía ser insufrible. El mismo protagonista de la película vivió ya en sueños cincuenta años con su mujer y su vida real casi no merecía la pena. Los sueños pueden ser en ocasiones la oportunidad para vivir la vida que no tenemos, para realizar aquello que nos resulta imposible en nuestra realidad. Pueden ser una evasión porque crean un mundo ficticio, donde somos lo que deseamos y no tenemos que preocuparnos de nuestras cruce y dificultades. Dios no quiere que vivamos en sueños de este tipo, quiere que enfrentemos nuestra vida con decisión; no quiere evasiones. **Por eso se comunica en sueños para que actuemos como Él desea.**

La verdad es que DIOS SÍ NOS HABLA EN LOS SUEÑOS. Nos habla en aquellos sueños que tenemos por la noche, que revelan la vida que llevamos en nuestro subconsciente y que, libre de cadenas, nos permite ver lo que existe en lo más profundo de nuestro ser. Esos sueños son una fuente de vida y de conocimiento personal. Sabemos que nuestros subconscientes tiene que estar penetrado por Dios, lleno de Dios. Sabemos que todo lo que nos ocurre, nuestras alegrías, tristezas, logros y pecados quedan grabados en lo más profundo. Nos gustaría que Dios iluminara nuestra oscuridad, penetrara lo más profundo y arraigara para siempre en nuestra alma. Cuando el P. Kentenich hablaba de ideales, de la idea original que cada uno llevaba en su corazón, hacía referencia al sueño de Dios con nosotros. Es la semilla que Dios ha implantado en nuestra alma desde que

fuimos concebidos. Una idea que ha crecido de su mano paternal. El P. Kentenich definía así el ideal personal: “*Es un estar interiormente poseído, porque el ideal personal se trata de una idea que ha cautivado el alma desde dentro, que crece desde dentro, mientras que es alimentada y cultivada desde fuera*”³. En nuestro subconsciente nos habla Dios. Por eso es tan importante avivar esa voz del alma cuidando los sueños que soñamos despiertos. Cuidando lo que nos alegra y nos hace mirar la vida con optimismo. **Nuestros sueños son fuente de vida y nos hacen creer en los imposibles, en lo que todavía no es real en nuestro corazón.**

S. JOSÉ ES EL HOMBRE HUMILDE que sabe cuál es su lugar en este mundo porque sabe escuchar a Dios. Entiende que él sólo tiene que cuidar al Rey del universo que se hace carne y viene a vivir entre los hombres. Las palabras del **salmo** expresan esta verdad que él asumió con un corazón sencillo: “*Va a entrar el Señor, él es el Rey de la gloria. Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sagro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. Ése recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Éste es el grupo que busca al Señor, que viene a tu presencia, Dios de Jacob*”. Sal 23, 1-2. 3-4ab. 5-6. La humildad de S. José siempre nos impresiona. Estamos ante un hombre de Dios que supo acoger sin pretensiones la condición de Padre en la sombra. Renunció a sus planes para acoger los de Dios. Así describe **San Juan Crisóstomo** la actitud humilde de S. José: “*Se nota también la mansedumbre de José, que a nadie reveló su sospecha, ni siquiera a aquélla de quien sospechaba, sino que meditaba en su interior*”. **Entendió que su lugar en este mundo era el lugar de los más pobres y humildes, siguiendo los planes de ese Dios que se manifestaba en sueños.**

S. José, por otro lado, nos recuerda en este día la importancia DE LA PATERNIDAD HUMANA COMO CAMINO A DIOS PADRE. Dios podía haberlo hecho todo sin él, pero no quiso. Gracias a ello tenemos el testimonio inmenso de este santo que es padre. Un padre en la sombra, pero un padre educador y un padre santo. Si hubiera muchos padres santos les sería mucho más fácil a sus hijos llegar a Dios. **Santa Teresita** lo vivió así en su vida. El P. Kentenich comenta la relación de esta gran santa con su padre también declarado santo hace pocos años: “*Cuando el padre estaba rezando - el Santísimo estaba expuesto -, la pequeña no miraba hacia delante, sino que fijaba la vista en el padre, y, a través del padre, y en el padre, ella veía al querido Dios*”⁴. Gracias a esa relación tan humana, Teresita fue capaz de entender muy bien el amor de su padre. Y añadía el P. Kentenich: “*¿Qué es el Padre Dios? La prolongación del padre de la tierra. Es así como debemos concebir esto. Aplicado a Sta. Teresita: Teresa se fija en su padre, y el padre se fija en Dios, así Teresa se fija, a través del padre, en Dios*”⁵. Gracias a ese cariño y a esa intimidad con su padre, se unió ella profundamente a Dios en su paternidad. ¡Cuánto les cuesta hoy a muchos ver a Dios como Padre porque han sufrido la carencia de un padre humano en su infancia y juventud! S. José nos muestra este ideal de paternidad. Hay muchos huérfanos con padres vivos. Padres que no encuentran su lugar, que no saben amar con un amor capaz de conducir al Padre Dios. Padres que no pretenden ser ni santos, ni sabios. **Pedimos por todos los padres para que, a ejemplo de S. José, sepan ser luz en sus familias.**

CRISTO VA A NACER DE FORMA MUY SENCILLA, sin grandes señales en el cielo. Por eso el Evangelista describe todo con naturalidad, tal como ocurrió en el corazón de sus protagonistas: “*El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto*”. De

³ H. King, “Textos pedagógicos”, J. Kentenich, 351

⁴ J. Kentenich, “Familia sirviendo a la vida”.

⁵ Ibídem

forma tan sencilla, sin ocultar ningún detalle complicado, los evangelistas relatan un hecho tan humano y tan de Dios. El mismo **S. Pablo**, cuanto tiene que exhortar a los cristianos de Roma, se refiere a la sencillez del hecho más grande que ha cambiado la historia para siempre: “*Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido para anunciar el Evangelio de Dios. Este Evangelio, prometido ya por sus profetas en las Escrituras santas, se refiere a su Hijo, nacido, según la carne, de la estirpe de David; constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios, con pleno poder por su resurrección de la muerte: Jesucristo, nuestro Señor. Por él hemos recibido este don y esta misión: hacer que todos los gentiles respondan a la fe, para gloria de su nombre. Entre ellos estáis también vosotros, llamados por Cristo Jesús. A todos los de Roma, a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de los santos, os deseo la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo*”. Romanos 1, 1-7. Así debería ser cada Navidad, una fiesta sencilla, sin grandes lujos, en la humildad que vivió Jesús. Así deberían ser nuestras relaciones, pero muchas veces se complican y las complicamos. **Así quisiéramos encontrarnos con Dios, en nuestra tierra humilde, en lo cotidiano.**

En esa tierra humilde y sencilla tiene que nacer Jesús. Es el DIOS CON NOSOTROS QUE NOS TRAE LA SALVACIÓN: “*Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados*”. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el Profeta: «*Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros". Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer.*» Mateo 1, 18-24. Jesús nos salva de nuestros pecados, o, mejor dicho, en nuestro pecado. Dice **S. Agustín**: “*Viene en persona y os salvará; porque hemos de salvarnos, no por nosotros mismos, sino con la ayuda de Dios*”. No es el Dios por encima del hombre sino el Dios que se hace carne entre los hombres, para salvarnos de la muerte y del temor. Se hace uno de nosotros menos en el pecado para liberarnos del pecado que nos ata y esclaviza. Cuando escuchamos estas palabras nos sorprendemos. Sabemos y lo hemos experimentado cada día, que no podemos vivir sin pecado; entonces, ¿cómo es que viene a salvarnos del pecado? No viene a impedir que pequemos, porque Dios se hace hombre para respetar nuestra libertad y permitir así que le sigamos con un corazón libre. Sin embargo, Cristo viene a levantarnos de la oscuridad en la que nos deja nuestro pecado. Viene a alzar nuestra pobreza y quiere cambiar todo lo que no le pertenece. Nos da la luz para el camino y nos sostiene. **Es el Salvador porque realiza en nosotros el milagro de la transformación, porque nos da la vida verdadera y cubre con su manto nuestra desnudez.**

En esta última semana del Adviento VOLVEMOS DE NUEVO LA MIRADA SOBRE MARÍA. **Benedicto XVI** nos lo recuerda en este Adviento: “*Aprendamos de Ella, Mujer del Adviento, a vivir los gestos cotidianos con un espíritu nuevo, con el sentimiento de una espera profunda, que sólo la venida de Dios puede llenar*”. Hace poco una persona comentaba: “*Es curioso, nunca había pensado que María está embarazada en estos días del Adviento*”. Mirar a María expectante, llena de Dios, de la carne de Dios, de su sangre, nos alegra. Ver su anhelo y deseo, su esperanza viva, nos llena a nosotros de alegría. La vemos radiante, como a tantas embarazadas a las que conocemos. Ellas también llevan la esperanza dibujada en su sonrisa, como María. María espera con esa paciencia llena de gozo que tanto deseamos en nuestra vida. La miramos plena y sabemos que tenemos que desprendernos de muchas cadenas para caminar como Ella en el Adviento. Mirar a María es mirar el primer Sagrario de nuestra historia. En Ella Cristo se muestra, porque Ella, la llena de gracia, es transparente de Dios y nos entrega a Cristo. Ella lleva en su seno la vida, la custodia, la abraza. Así quisiéramos abrazar nosotros siempre la vida que surge en nosotros, a nuestro alrededor. Abrazar toda vida humana que se nos entrega. Abrazar y amar a todo el que llega a nosotros buscando amparo. Abrazar con una sonrisa, como María. Abrazar y sacar lo mejor que hay en las personas a las que amamos. **Abrazar la vida que surge del amor con un corazón humilde, confiado y lleno de esperanza.**